Introducción

Están ustedes a punto de leer un libro sobre el Capitán América. Escrito en la década de los setenta, finalmente publicado en 1977, basado en acontecimientos reales e imaginarios acaecidos en junio de 1953, este libro no podría ser más actual, más relevante, no podría dar más «en el clavo» que en este momento.

Antes del caso Watergate y del Whitewater y de todos los otros casos abiertos y cerrados en décadas recientes, ha habido en Estados Unidos numerosas cazas de brujas, procesos políticos, investigaciones del Congreso, filtraciones vengativas de documentos privados, así como oleadas periódicas de acoso general, con sus víctimas y villanos asociados: el caso Sacco-Vanzetti, por ejemplo, el de Alger Hiss, Klaus Fuchs y Harry Gold, las escuchas McCarthy, la terrible experiencia de los guionistas de Hollywood y, entre los más conocidos, el proceso de Julius y Ethel Rosenberg.

Nuestro país abunda tanto en sustos como el día de Halloween. Éstos han venido de casi todos los colores, y las teorías conspirativas no se han limitado a entornos rurales de derechas pertrechados de armas. Ni tampoco han estado nuestros políticos por encima del uso del miedo y la intimidación a fin de ganar votos e influencia política. Los asesinatos se suceden con la frecuencia de ciclos económicos y proporcionan al paranoico numerosas horas de alegres conjeturas. Aunque seguimos desenterrando topos traicioneros de los terrenos de la CIA, la Amenaza Roja ha quedado relegada en buena parte a los cómics de donde surgió. No obstante, nos aferramos al Peligro Amarillo y al temor a varios cultos de lo Impío como los cubanos de Castro, la plaga gay, las Pandillas Callejeras, los Señores de la Droga y los inmigrantes en general. Luego están los Terroristas que nos quitan el sueño, además de todas aquellas naciones gamberras que fabrican ar-

mas químicas y planean construir la Bomba, la cual, ahora que ha dejado de dar miedo, sí que pone los vellos de punta.

En *La hoguera pública* la piel de gallina queda a cargo del Fantasma, quien naturalmente es invisible y ubicuo; y todo oídos. Grandes trozos del libro están narrados por Dick Nixon, vicepresidente con Eisenhower en la época, aunque con un pensamiento y una conversación de más enjundia y elocuencia que las expresadas por el real, ahora que ya hemos leído [las transcripciones de] las cintas y conocemos su estilo. El Dick taimado del libro goza sin embargo de la suficiente hipocresía, autoengaño y oportunismo indicativos de su conexión con el histórico vicepresidente, aunque no lo refuerzan. El Richard Nixon de Coover es un personaje ficticio fértil y maravillosamente interpretado. El Richard Nixon real es una caricatura. Esta es una de las profundas ironías del logro de Coover. A modo de prueba, valga este pasaje en el que Nixon describe su rol de pacificador como segundo al mando de Eisenhower:

> Fui el encargado de Eisenhower en los Reservados de los Grupos Políticos, esa fue mi tarea, fui el intermediario político entre los merluzos y los neandertales, tuve que aplacar a los incendiarios, ablandar a los intransigentes, mantener a raya a los machos y a los vaqueros, apaciguar a los cascarrabias y los fanfarrones, fui el mensajero de las reacciones hostiles, el caballo guía, tuve que arreglar las cercas y vendar las heridas. … Supongo que me parezco mucho a Lincoln, quien era un tanto compasivo por una parte y fuerte y competitivo por la otra.

El Nixon supuestamente real no se expresa con frases sino con estallidos e interjecciones. Sus lugares comunes son principalmente escatológicos. Habla como un capo de la mafia. Refiriéndose a Ted Kennedy, Nixon ordena a sus esbirros: «Colocadle uno. Colocadle dos tíos encima. Eso vendrá de perlas. A lo mejor hay suerte y pillamos a ese hijo de perra y lo acribillamos en el 76».

A medida que la novela avanza, el texto nos proporciona abundantes evidencias del carácter traicionero, interesado, embustero de Nixon, y lo haría aunque a Nixon se le hubiera cambiado el nombre por Fred Smith. Al lector no le hace falta conocer el historial de paranoia de Nixon para comprender al Nixon de *La hoguera pública*. Este Nixon, como el histórico, como los políticos en general, se expresa con frases fáciles, valiéndose de epítetos, si no de índole homérica, sí

como mínimo de tal frecuencia. Él necesita engañarse a sí mismo («Me parezco mucho a Lincoln») antes de poder engañar a otros. Pero el registro retórico y la energía de la figura imaginaria, la complejidad psicológica de su personalidad proyectada, alcanzan cotas que superan con creces la consentida majadería soez y el juicio de doble rasero del Nixon histórico.

Lo mismo puede decirse del Tío Sam, ese lábil vendedor de esencia de víbora. Como símbolo americano casi ha sobrevivido a su finalidad de paleto de dedo en ristre poco convincente en carteles de alistamiento; si bien aquí es el prototipo de América, descrito con una docena de jerigonzas deslumbrantes aunque pedestres, y por tanto circenses, figura ubicua de talla superior a la de cualquier otra, mentiroso aunque con arrestos, arrogante como un ponche cargado de alcohol: el contador de cuentos chinos y fanfarrón provinciano, el vendedor de verbo fácil, el voceador de barraca de feria, el político del Cuatro de Julio, el maestro de ceremonias, el párroco itinerante avivador de polémicas, el entrenador animoso, el orador masticaterrones, el domador bravucón, el vaquero pistolero, el educador y predicador condescendiente, el soldado de fortuna ajena, el meloso redentor de almas y profanador de cepillos… todos ellos se encuentran aquí en su lingüística gloria; y se hallará al Sam creado, desde el sombrero de copa a los faldones de la levita, por todos ellos, en un prólogo al estilo de los noticiarios cuya energía satírica y feroz musicalidad sencillamente no tienen parangón en nuestra literatura salvo por bastantes otros pasajes, construidos sobre principios similares, de *La hoguera pública*.

Esta novela —la historia dentro de la historia— es por consiguiente densa en detalles, sus fragmentos se atraen entre sí como la multitud hacia un accidente (o como la masa a una ejecución); pedazos dispares se transforman de repente en Uno y Macizo y en Movimiento, que es precisamente como ha de ser, pues una narración que se propone inquietar a la historia y a nosotros demostrando el dominio de lo irreal debe sumergirnos en numerosos hechos y figuras —datos danzantes al son del canto de un payaso en el programa radiofónico de conocimientos musicales de Kay Kaiser— porque alrededor de cualquier personaje giran otros doce más y todos los tejemanejes de éstos, cada uno un Jack Benny, un Rochester, un Charlie McCarthy.

Empapada en datos, la fantasía se torna realidad porque, en determinado plano, aquélla es real. Si Nixon va a convertirse en presiden-

te de su país, entonces tendrá que unirse en naturaleza al Tío Sam; unión por penetración posterior. La lógica de ello es impecable. La voz del cronista, en un recurso que me recuerda a los noticiarios del *USA* de John Dos Passos, recapitula el estado de la nación y del mundo, describiendo situaciones que son en esencia difíciles de creer si se las examina con rigor. Eisenhower y Nixon juegan al golf en el Burning Tree. ¿El *Burning Tree*? Nixon es el negado consumado. Puede que el béisbol sea el deporte del americano del montón, pero el golf, y sólo el golf, es el juego del hombre de éxito: presidentes, actores, banqueros, héroes de otros deportes. Éstos dan el golpe de salida… Tiran, lanzan… Embocan… Zampan —sus escoceses con agua— en el hoyo diecinueve… todavía con los zapatos de suelas de clavos puestos. Los hechos, que son mudos, resuenan cuando se inscriben en la ficción y las fantasías, al ser representadas, devienen hechos. De niña, Ethel Greenglass protagonizó un melodrama carcelario. ¿Una obra *carcelaria*? Lo sigue protagonizando —esto es, mientras leemos—, en el revuelo apenas se le mueve un pelo. Y Richard Nixon se va enamorando poco a poco de la mujer que quiere electrocutar en la plaza de los letreros ardientes llamada Times. Y ella —esta duquesa de la oscuridad—, ella —(le parece a él)—, ella desea —(como él)— alguien a quien amar. Antes de la hora final, él irá a la celda de ella en Sing Sing. *¿Sing Sing?* El libro comienza con una cita de la señora Nixon acerca de lo mucho que se divertían dando fiestas, en ocasiones recreando «La Bella y la Bestia». Adivinen quién es la bestia; piensen a quién representa una Ethel trasplantada.

En un momento dado, mientras Nixon trabaja entre papeles dispersos acerca del famoso Caso, se descubre pensando en los nombres de sus protagonistas.

> …todos los colores. Curioso. Verde, dorado, rosa… ¿de qué país era esa bandera? Jugué con los nombres de calles, los pseudónimos, los nombres de los abogados, de las personas en los márgenes del drama: Perl, Sidorovich, Glassman, Urey, Condon, Slack, Golos, Bentley. Advertí que las iniciales de los nombres de los cuatro acusados —Sobell, Rosenberg, Rosenberg y Yavkolev— formarían la palabra SORRY si no fuese porque faltaba la O. ¿Había otro agente secreto del Fantasma, todavía libre, con esta inicial? ¿Oppenheimer? ¿Oatis?

Elucubrar así puede ser de locos pero común; habitual, cotidiano; sus consecuencias catastróficas bastante conocidas y sin duda predecibles.

Durante toda su carrera, Robert Coover ha tratado de asumir el engaño comercial, las mentiras políticas y los mitos religiosos para sofocarlos mejor. Vacía fábulas y creencias adquiridas como escupideras de uso cotidiano. Su excelente primera novela, *The Origin of the Brunists*, se ocupa de la creación de un culto milenarista que aguarda el fin del mundo (como aquí una ejecución). En *The Universal Baseball Association Inc., J. Henry Waugh, Prop.*, un deporte zarpa en busca de lo sagrado. Su libro de relatos, *Pricksongs and Descants*, revienta numerosos clichés culturales, reduciéndolos a jirones de caucho rajado. Luego está su obra de teatro, *A Theological Position* (obra breve salida a rastras de *La hoguera pública*), y varias parodias políticas como *A Political Fable* (o, como yo la prefiero, «The Cat in the Hat for President») la siguen, así como su manipulación de los estereotipos mostrados en las películas de Hollywood (*Sesión de cine*).

La prosa de Coover es en ocasiones lenta y pausada como una embarcación a vela, va cabeceando por las aguas de la historia, si bien de pronto mete una marcha más rápida, sale pitando y parte hacia las alturas. La dicción sube y baja como un ascensor. Hay plantas para el Arte Elevado, la Religiosidad, el Enredo y la Escatología, así como para el Porno. Los buenos —villanos para los villanos: por ejemplo el magistrado William O. Douglas, quien, con una Opinión, salva, al menos momentáneamente, a los Rosenberg de la hoguera— son sin embargo superados en número. Los abogados campan a sus anchas como manadas de perros salvajes. Los oradores se hinchan de pomposidad y lanzan sus opiniones en cadencias arrastradas fuertemente sureñas. «¡No le encuentro demasiado sentido a enviar hom-bres a Co-RE-a a morir, señor Presidente, mientras que, aquí en CASA, a los espías atómicos se les permite vi-vir!» En la cúspide se encuentra el Tío Sam, quien constantemente trata de estar a buenas con la coacción, la calumnia y la decepción. Al oír su voz, soy consciente de mi amor por el Tío Sam; esto es, por este Tío Sam: una criatura de barrabasadas sin fin.

Los políticos hablan. Les hablan a sus colegas, esforzándose en tratarlos con dureza con verbos y asustarlos con nombres. Discursean, sospecho, en pensamientos, y se oyen a sí mismos elogiarse como es debido en sueños y denunciar con rotundidad la palabrería de los demás charlatanes. Aunque sus palabras llegan a los medios, y siempre hay memorándums en circulación, todavía quedan la conferencia de prensa, los estrados de las convenciones, el reservado cargado de humo

y los pasillos del congreso, donde los políticos viven, mienten y farfullan. Apropiada para su temática es, pues, la insistente y lograda oralidad de la prosa de Coover. El lector no puede apresurarse y aun así oír, porque el ritmo de la mendacidad de toda una nación lo marcan sus marchas políticas, los metales de sus grandes bandas, la entonación conmovida de su himno, y las frases de Coover cantan de manera similar, convirtiéndose en otra clase de frase, otra clase de veredicto.

Sea cual sea la justicia de su sentencia final, el proceso Rosenberg fue un proceso espectáculo. Que Coover disponga la ejecución de sus condenados en Times Square apenas si es una exageración. El gusto de la nación se ha rebajado con avidez en la dirección de las ejecuciones públicas —por lo menos cabe que los ofendidos que buscan reparación miren y disfruten—, por lo que la idea de alcanzar la muerte por medio de la iluminación eléctrica a la manera de un letrero luminoso no es tan sumamente satírica como quizá lo fuera antaño. La descripción de la dura prueba de los Rosenberg está llena de detalles hábiles y demoledores. «A Julie ha habido que sacarle dos dientes (el alcaide Denno, con su proceder ahorrativo, se ha asegurado de que se le ponga una simple dentadura temporal)…» Esta estridente y vulgar «silla de Times Square» pretende recordarnos el comportamiento de la Inquisición, que celebraba quemas públicas de manera regular; no por el castigo sino por edificantes propósitos pedagógicos. Con sus vestiduras amarillas y sombreros cónicos [los inquisidores] podrían haber pasado por payasos. *La hoguera pública* anticipa un carnaval romano, un circo romano, así como una caza de brujas. Sin embargo la ceremonia se adecúa en su mayor parte a la pompa pagana de una doctrina laica. Gertrude Stein declaró en una ocasión, cuando decidió que el General Grant era un líder de la iglesia americana, que «no hay alturas en la religión americana».

El poder, cuando ha de apoyarse en la opinión pública en lugar de sustentarse en policías y ejércitos, se ve obligado a expresarse de distinta manera a como lo hace cuando el secreto y el silencio son sus esbirros. En sus primeros pasos hacia el poder, tanto fascistas como comunistas abrieron sus tribunales a la mirada y la edificación públicas; sin embargo, después, asegurados sus propósitos, tendieron simplemente a hacer que los enemigos desapareciesen en silencio.

En Estados Unidos, el Tribunal de la Opinión Pública ha estado siempre atareado. Ahora, cuando los técnicos de televisión se centran en los procedimientos judiciales, los jueces se pavonean y los jurados

se acicalan, mientras que los abogados escuchan el rugido de la multitud y miden sus casos con la cámara, en lugar de medirse con ellos. Las nobles últimas palabras de Vanzetti al tribunal, en referencia a su amigo, Sacco, que probablemente aparecieron en la prensa local, ciertamente no tienen cabida en este caso, porque el proceso Rosenberg fue burgués de cabo a rabo. Fue, en cierto sentido, un asunto familiar. Ya ni siquiera tenemos oídos para palabras como las que Vanzetti pronunció.

> Sacco es todo corazón, un amigo, un gran tipo, un hombre; un hombre amante de la naturaleza y la humanidad; un hombre que lo dio todo por la libertad y por su amor a la humanidad: dinero, descanso, ambición mundana, a su propia esposa, sus hijos, su misma persona y su propia vida.

Se ha convertido en costumbre entre los periodistas aderezar las vidas, los crímenes, las condiciones sobre las que escriben con florituras ficticias, pero, hasta hace poco, era inaceptable que los novelistas se ocuparan del presente de manera similar, permitiendo que personas reales recorriesen sus calles ficticias, personas modificadas desde sus roles en la vida real a fin de que sus auténticas naturalezas puedan ser mejor reconocidas. *La hoguera pública* va más allá. Coloca a personalidades en la pista central de un circo, en la viñeta destacada de una tira cómica editorial, y yo me acuerdo de las feroces imágenes satíricas de Felician Rops, George Grosz, de Hogarth y Daumier, así como de las involuntarias parodias de Horatio Alger. De los defensores de la vida supuestamente real que se preocupan sobre la tajada y la probabilidad de inminentes demandas por libelo.

El manuscrito de Coover ha sufrido tantas vicisitudes como algunos de los personajes de la novela. Con prudencia, el autor muestra una porción de la misma a su editor, el cual se alarma pero se muestra valeroso. De manera que Coover continúa trabajando en el libro, aunque ahora con menos confianza acerca de su recepción final que la que podría considerarse adecuada. De repente, trágicamente, el editor, joven y fuerte al menos moralmente, muere durante un partido de tenis. *La hoguera pública* se queda sin paladín. Poco después, sin embargo aparece otro editor, lleno de confianza y buen ánimo. La edición del manuscrito progresa sin incidentes. El libro parece listo para su publicación en 1976, convenientemente durante el segundo bicentenario de la nación. Tras completarse la corrección y ser de-

vuelto a la editorial, el manuscrito cae en un pozo de silencio. Finalmente la verdad es despojada de su atuendo de renuencia. El equipo legal de la empresa tiene miedo y ha nixoneado la publicación de la novela. A él, el Dick Más Temido y Taimado, se le teme por ser un abogado con la piel más fina que la de un condón, y se cree que posee una veta vengativa tan ancha que podría convertirlo en una mofeta. Tras arduas negociaciones, se acuerda someter el manuscrito a la evaluación de un jurado imparcial. Este grupo, encabezado por el decano de la Facultad de Derecho de Columbia, ve algunos problemas potenciales pero dictamina que no son lo bastante serios para impedir la publicación del libro. La virtud parece haber triunfado.

La historia dice —hablando del Burning Tree…— que el cabeza de la editorial estaba jugando al golf con un hierro reglamentario y, mientras recorría la calle (desde luego no mientras estaba en el green), le describió el libro a su abogado. Te meterás en una trampa, se le dijo al cabeza pensante. Puesto que la lealtad del cerebro al partido opositor a Nixon era de sobras conocida, el madero jurídico avisó que el cabeza podía ser demandado por dolo además de por libelo e invasión de la privacidad. La decisión de publicar dio marcha atrás con toda la discreción posible (i.e., sin decírselo al autor) para que el cabeza pudiera recibir, tranquilamente, un premio a la libertad de prensa de manos de los periodistas de Nueva York.

La verdad tuvo que ser arrancada una vez más del anteriormente entusiasta editor, quien puso entonces a Coover a caldo. Por supuesto que el libro no iba a publicarse, porque era una obra innnmoral. Con tres enes. Malo. ¿Por qué? Míralo de este modo, llegó como respuesta; supón que hubiera escrito el libro sobre Eleanor Roosevelt en lugar de sobre Richard Nixon. Al editor, orgulloso de sus motivos —una incongruencia triunfadora—, no le hizo gracia que Coover ofreciese meter a Eleanor.

En su búsqueda de casa, *La hoguera pública* recorrió una larga y desagradable odisea de una colección de abogados corporativos a otra —de sirena a Circe a Polifemo—, acumulando rechazos: cinco, diez, quince, más; no quedan tantas grandes editoriales como para que tuviese la oportunidad de recibir el no de los abogados en latín. Como un vertido de crudo, los rumores de demandas legales inmediatas comenzaron a contaminar las oportunidades del libro. Los chanchullos se multiplicaron. En ninguna parte se hablaba a las claras. Hasta que por fin un buen editor picó. El teléfono sonó. Bob

descolgó. El agente de Bob dio el parte: hay trato. ¿Por qué fue el autor reacio a descorchar la botella en ese momento?

Al cabo de unos minutos… el teléfono volvió a sonar. Bob descolgó, pero el ánimo se le cayó a los pies. El agente de Bob dijo: ya no hay trato. El oído del editor había recibido el cosquilleo de una lengua viperina con otra advertencia legal.

El camino no es un túnel de amor. Lo que se extiende adelante es el Valle del Desaliento y la Tribulación. Quedaba un editor que merecía la pena y Coover le explicó la naturaleza de las amenazas que se habían hecho contra el manuscrito. El director de la compañía editorial, neófito además de sobrino de Alguien Importante, estaba convencido de que el libro no levantaría más que las olas justas y armaría unos cuantos follones en la orilla. Finalmente se pergeñaron contratos que acabaron siendo firmados. Quién tenía que estar de vacaciones durante todos estos avances sino el principal abogado de la firma, quien naturalmente clamó «ruina» cuando se enteró. Sin embargo, ahí estaba aquel deplorable par de firmas. El contrato debía ser honrado. Unos pocos cambios, sobre los que la editorial tuvo que insistir (para conservar su honor), llegaron al buzón de Coover: de seis a diez páginas a un escasamente atractivo único espacio semejante a una invasión de hormigas. La «petición» inicial era que todas las personas vivas fueran eliminadas de la novela. Quizá pudieran ser asesinadas ceremonialmente en Times Square. Pero, de alguna manera, con sigilo para que nadie supiera jamás que habían estado allí.

Tocaba remangarse para discusiones exasperantes. Éstas retrasaron el libro un año. A estas alturas, Coover tenía su propio abogado y el texto se peleó como los campos que rodean Verdún. Uno no tiene que ser autor para imaginarse el estado mental de Coover en aquellos momentos, pues éste ya no podía confiar en las intenciones tras ninguna sugerencia. Entretanto, la 1ª Editorial quiso recuperar su adelanto. La vigente Editorial de Coover —renuente, enfadada y frustrada— no sólo no le adelantaría el dinero necesario (gastado hace una década), sino que amenazó con empobrecerle si él los demandaba, por lo que Coover hubo de pedir prestada contra su exigua hacienda una suma que a cualquiera nos bastaría para vivir un año, deuda que tardó diez en devolver.

Temiéndose un mandamiento judicial, algo que paralizaría la publicación tras haber incurrido en los costes de producción, la firma anunció la aparición de *La hoguera pública* para agosto/septiembre y, a

renglón seguido, la sacó de la casa a empujones durante mayo/junio, momento en que vendió lo bastante durante su primera semana para meterse en la lista de más vendidos del *New York Times*. Aquello no fue bueno, pues se tenía la sensación de que si este libro infame se empezaba a leer de verdad, la acción legal estaba asegurada. El título de la novela fue eliminado del catálogo de la editorial, no se permitió publicidad alguna y los ejemplares fueron discretamente retirados de las librerías.

De todos modos, lo más probable es que el libro no hubiera sido demandado, aunque —mirada en derredor— ¿qué libro? A éste no se le veía por ninguna parte.

Ahora, por fin, *La hoguera pública* volverá a salir como la marmota y contemplará su sombra. Y el lector llegará a conocer al verdadero Richard Nixon y entenderá al Tío Sam, el cual, incluso de joven, era

> …terso como un olmo sin hojas, ya con perilla y sombrero de copa y ataviado con sus faldones y sus pantalones a rayas, los bolsillos llenos de discursos, patentes y pirotecnia…

y descubrirá cómo se las gasta el mundo por aquí, porque *La hoguera pública* es una explicación de en qué se ha convertido este país. Es una narración soberbia, convulsa, tachonada de estrellas, y cada una de sus imponentes palabras es cierta.

William H. Gass